

ARTÍCULO

Entre la literatura de viajes y la antropología. El legado oscuro del imperialismo y el racismo (A propósito de Don Fernando Ortiz y la tradición humanista).

Bartolomé Duijsens.
Fundación Intercambio Cultural
(Países Bajos)
bartolome56d@gmail.com

RESUMEN

El presente ensayo trata de un libro sobre la exploración de África Ecuatorial en el siglo XIX. Me sorprendí cuando encontré este libro en un mercado de libros en La Habana Vieja, y sobre todo cuando descubrí que pertenecía a la biblioteca privada del fundador de la Antropología cubana: Don Fernando Ortiz. El sabio cubano hubo de nutrirse de esta obra y otros libros de viaje para sus estudios sobre la cultura afrocubana. Este hecho me hizo reflexionar sobre la relación entre la antropología y la literatura de los viajeros europeos, ligados a la empresa colonial.

Palabras Claves: Fernando Ortiz, imperialismo, literatura de viaje, transculturación, África y Cuba.

Between travel literature and anthropology. The dark legacy of imperialism and racism (Don Fernando Ortiz and the humanist tradition).**ABSTRACT:**

This paper deals with the relationship between 19th century colonial travel literature and anthropology. The accounts of explorers and missionaries provided much information about African societies, but from a very biased perspective. In February 2017, I found a book by the Marquis de Compiègne (1876) in a market stall in Havana, recounting his exploration of a hitherto undiscovered part of Equatorial Africa. However, I was surprised when I noticed that this book belonged to the private collection of Don Fernando Ortiz! I assume that the father of Cuban Anthropology used this and other travel accounts for his studies on Afro-Cuban culture. This essay delves into the troubled relationship between the beginnings of academic anthropology and the literature of European travelers, linked to the colonial enterprise.

Keywords: Fernando Ortiz, travel literature, imperialism, colonialism, Africa and Cuba.

“Llévame contigo”. “Un viaje desde Holanda a Cuba”

En febrero del año 2017 hice un viaje desde Holanda a Cuba. El avión aterrizó en el aeropuerto de Holguín, desde allí me fui primero a Contramaestre para encontrarme con la directiva de la Revista de Antropología Batey. Este trozo – el viaje en camión hacia este pueblo en Oriente – ya fue una aventura en sí mismo (¡Ay, pobre espalda!). Luego, desde Contramaestre viajé unos 750 kilómetros hasta llegar a La Habana. Apenas llegué a la Capital, me fui en búsqueda de libros por la Plaza de Armas en el casco histórico de La Habana Vieja. A la sombra de unos gigantescos laureles en la calle Obispo y Mercaderes se encuentra un mercado de libros de segundo mano. Estaba revisando en los estaquillos y de repente vi unos libros antiguos de color marrón, con títulos en inglés y francés estampados en color dorado. Me puse a ojearlos

con gran curiosidad, como si fuera a encontrar una mina de oro allí dentro. Un libro sobre Benin –la cuna del *vudú*– me parecía sumamente interesante. Pero encontré otro tesoro: Un libro de viaje en idioma francés, y cuando lo abrí descubrí allí la viñeta y firma de Fernando Ortiz.

Para mí fue como abrir una caja de sorpresas y encontrar de repente un tesoro. Para otra gente quizás no era más que un libro viejo e insignificante, pero yo había decidido que tenía que comprarlo. Empecé un proceso de negociación con el vendedor. Me dijo: “¿Cincuenta C.U.C.!?” Y le respondí: “¡Es demasiado! Déjalo”, pues los vendedores cubanos ven a los extranjeros como turistas, por tanto, saben qué precio pedir: “50 euros”, me dijo. Y pensé que era injusto, casi un salario de dos meses en Cuba. Sin embargo, volví unos días más tarde, ya que no me iba a perdonar si no encontraba el libro en su sitio. Una conexión casi mágica con el gran maestro me atraía. Gracias a que el libro tuvo más paciencia que yo, nadie lo había comprado; era como si estuviese esperándome, llamándome y reclamando mi atención: “Llévame contigo”. Quería liberarlo de su estado cautivo en este mercado, bajo la vigilancia de un vendedor incapaz de apreciar su verdadero valor. Pagué 30 euros y coloqué el libro en mi bolso. Estaba feliz, como un niño que acababa de recibir su regalito más deseado por los Reyes Magos, por eso me fui rápido a un sitio tranquilo y comencé a leerlo.

“L’Afrique Équatoriale: Okanda, Bangouens, Oseyéba. Un clásico de la literatura de viaje del siglo XIX

En la portada había sólo un título en letras doradas, una palabra llena de misterios: *Okanda*.” Esta voz me hizo pensar directamente en “Uganda”, África Central, donde hay muchos términos con la terminación “anda” (Al menos no hice la asociación con Hol-anda). Esta intuición era correcta. Una vez abierto, podía ver el título completo del libro: “*L’Afrique Équatoriale: Okanda, Bangouens, Oseyéba*” (editado por E. Plon et Cie, en París, en el año 1876). Como autor un nombre ilustre – y bastante pretencioso – Le Marquis de Compiègne. ¡Nada menos que un marqués!

Este libro, de la biblioteca privada de Don Fernando Ortiz, me pone en el trayecto de los clásicos de la literatura de viaje del siglo XIX: Escritos por los héroes de la época victoriana, conquistadores astutos y despiadados al servicio del Imperio y de la Ciencia, Pioneros, Hombres de Verdad – y alguna mujer – con una Misión Sagrada. Y aunque este libro es de la época del apogeo del imperialismo europeo y americano, esta historia sobre la conquista de mundos desconocidos, salvajes y bárbaros, refleja en cierta medida otra época: La del Imperio Español, el cual se formó a principios del siglo XVI, asociado al periodo de descubrimientos y grandes transformaciones a escala global, además dio paso a un sin número de textos; sobre todo crónicas y cartas de viajeros. Con la invención de la imprenta de libros se abrió una ventana a estos mundos nuevos y exóticos para un creciente público de lectores.

De ese contexto – dar a conocer un mundo hasta hace poco desconocido y ahora bajo dominio europeo – nació el libro que yo compré en La Habana y del cual me quedé casi obsesionado desde que vi el apunte del maestro Ortiz. Quería repetir el viaje que Ortiz emprendió desde el sillón de su escritorio a mi propia experiencia.

Ortiz estudié este y otros libros similares para comprender más a fondo los antecedentes de los africanos robados y trasplantados al Nuevo Mundo, especialmente a Cuba. Salí de la premisa `tradicional` de la etnografía, según la cual pueblos menos avanzados dan mucha información sobre la evolución de las actuales culturas que hoy en día se encuentran en afro-américa y Cuba. Por ejemplo, la idea de los africanos como ancestros contemporáneos de los afrocubanos que – en términos del propio Ortiz – se encuentra en un proceso de continua transculturación. En su época había un desconocimiento casi total de la historia de los afrocubanos, e incluso de las culturas africanas, matriz de esta subcultura. Prejuicios y pseudo ciencia dominaron la escena proto antropológica.

El libro al que nos referimos, el del Marqués de Compiègne, consta de 360 páginas de texto, y luego tiene como anexo – ahora los medios de promoción lo llaman “bonus” – un mapa que representa el viaje de descubrimiento en su dimensión geográfica. La otra dimensión –la humana-, se hizo explícita a través del monólogo interior, y de formas de comunicación interpersonal, lo que otorga al libro un valor universal. En su intento de entender “El Otro” como el autor dice: “No hemos venido como turistas y principiantes, para ver el país y disfrutar de las raras características de los indígenas y de sus gustos grotescos, sino a realizar una exploración paciente y ardua de su geografía, su etnografía y de su naturaleza.”

Así, nuestro marqués nos ofrece una visión –la suya– sobre una tierra desconocida y de sus habitantes. Para acercar el relato sobre este mundo lejano a los lectores, el libro contiene estampas de este mundo exótico. Grabados realizados por Louis le Breton (en ese momento no se disponía de fotografías). Louis le Breton nació en el año 1818, y cuando joven –como hijo de médico– se embarcó como aprendiz de un cirujano a bordo. Cuando tenía 19 años se enroló en su primer viaje de exploración. La famosa expedición de Dumont D' Urville hacia la Antártida –el Polo Sur– y Oceanía. Estuvieron tres años navegando y reconociendo aguas y tierras casi desconocidas. Cuando muere el dibujante profesional de la expedición durante la travesía, Breton asume esta responsabilidad, ya que había demostrado ser muy apto para esta tarea. Desde 1848 no fue más cirujano de la Marina, sino que se dedicó completamente a la fabricación de mapas, y siguió dibujando y pintando. Sus obras y grabados son de gran interés histórico, sobre todo para la historia naval.

Pero ¿quién fue nuestro marqués? Para responder a esta pregunta hay que adentrarse en su biografía. Y en verdad tuvo “una vida de película.” Cuando el marqués nació en el año 1846, tenía un nombre más humilde: Víctor du Pont. Su lugar natal era un caserío humilde y perdido en la región de Champagne, que en su época solo tenía unos 204 habitantes (y en la actualidad tiene sólo unos 55, como reflejo del éxodo rural). Entró en la armada francesa y luchó en París contra “les Communards” (los proto-revolucionarios que inspiraron entre otros a Carlos Marx). Luego estuvo en el frente en la guerra Prussia-Alemania, donde la Gran Nación fue humillada, sufriendo una derrota vergonzante para “l'honneur” – el honor de la nación-. Durante la guerra fue capturado y entró en cautiverio en una pequeña ciudad alemana, Wesel, de gran importancia anteriormente por su tráfico fluvial sobre el Rhin y Ruhr, y bastante cerca de la frontera

holandesa. Después de esta guerra trágica, el ahora Víctor de Compiègne hizo un viaje a América del Sur. Regresó a su país, pero pronto se embarcó para otra aventura: un viaje hacia una parte del África sin explorar. El 1 de noviembre del año 1872 un barco sale desde Bordeaux hacia un destino incierto, un territorio desconocido que luego recibió el nombre de Gabón. El objetivo del viaje era reconocer el río llamado Ogowé, e intentar establecer sus orígenes.

En este periodo de posguerra la alta política francesa quería restaurar el honor nacional, a través del establecimiento de un gran imperio francés en África. Era la era cruel de –en inglés– “*the scramble for Africa*”, la lucha por despojar a África de todo cuanto se pueda. El viaje de nuestro autor está dirigido a penetrar lo más lejos posible en el interior del continente oscuro, para apoderarse de sus riquezas ilimitadas (imaginadas o reales), y plantar la bandera francesa allí, como símbolo de su poder y posesión (tal como lo hicieron los españoles, los ingleses, y otras naciones europeas).

En este viaje le acompañaba el naturalista Alfred Marche. Ahora ya no se usa ese término. Se refiere a una ciencia interdisciplinar, con base en la biología y la geografía, que luego se conocería como antropología. Una ciencia bastante holística, para decirlo así, como sus más famosos representantes Charles Darwin y Von Humboldt. Desde el punto de vista de la etnografía su viaje tuvo un valor complementario, el de estudiar la lengua de los nativos, el “mpogwe”: El lenguaje del pueblo del cual el autor se hizo “muy amigo”.

Juntos – como los primeros blancos – viajaron unos 400 kilómetros río arriba, hasta que la expedición fue abortada por “*ataques de caníbales que se comieron a casi todos nuestros cargadores.*” Entonces decidieron no arriesgarse más y quedarse un tiempo con una tribu considerada amistosa. Al fin llegaron a un punto no lejos donde se estableció un poco más tarde un hombre blanco muy famoso: Alfred Schweitzer. Él realizó su vocación africana en Lambaréne, donde trabajó desde 1913 hasta 1965 como pionero de la medicina tropical. “Lambaréne” es un término de un idioma local, que significa algo como “¡Vamos a intentarlo!”. Se parece al eslogan de Obama con su mensaje optimista: “¡Yes, we can!” A Alfred Schweitzer le otorgaron el Premio Nobel de la Paz, no sólo por su obra humanitaria en África, sino también por ser un adversario incansable del uso de las armas nucleares: como profeta incluso del movimiento pacifista, y conciencia moral del mundo occidental. Por eso fue adversario de otras guerras fratricidas a pesar del mayor progreso de la Europa civilizada.

Por su parte, el Marqués y su compañero Alfred Marche vuelven a París después de una estadía de año y medio en las tinieblas de África. Allí sufren ataques violentos de paludismo, y se sienten desplazados, desorientados, deprimidos, malentendidos. Los logros de su expedición son cuestionados por colegas exploradores; una sensación bastante común entre viajeros y antropólogos. Sale de este purgatorio cuando un explorador alemán que simpatizaba con él, le invita a juntarse en un instituto de investigación recién establecido en El Cairo. En el buque “Diemen” viaja hacia Egipto en 1875. En El Cairo llega a cooperar estrechamente con el famoso

Conde Ferdinand de Lesseps (1805-1894), apodado luego como “*Le Grand Français*,” mundialmente conocido como constructor del canal de Suez y el de Panamá. En septiembre de 1876 el marqués viaja a Bruselas y se presenta en el Gran Congreso de Geografía. Allí se integra en el comité para la abolición definitiva de la esclavitud.

Apenas vuelve a El Cairo, se ve involucrado en un debate apasionado sobre los detalles relacionados con la exploración y colonización de África. Esta discusión y altercado tiene lugar durante un baile de la alta sociedad extranjera, residente en Egipto. Un duelo parece inevitable: ¡El honor está en juego otra vez! Un duelo con un final fatal. Supuestamente el marqués tiró por encima de su opositor, un alemán. Pero éste no vaciló en alcanzar a su objetivo y el marqués cayó gravemente herido al suelo. El marqués sufrió mucho y falleció el día 28 de febrero del año 1877. El marqués de Compiègne – con nombre de Víctor, que significa “El Victorioso”– sobrevivió a las guerras y revueltas, y a los caníbales, para luego morir por causa de una discusión con un ciudadano alemán, una nación que poco antes había humillado a la nación francesa en los campos europeos.

Pero aquí no se acaba la historia de la exploración de la zona atravesada por el marqués. A base del relato del marqués, el Conde de origen italiano y en servicio del gobierno francés, Pierre de Brazza, sube el mismo río *Ogowé*. Su expedición tuvo lugar en los años 1875–1882, y de Brazza llegó mucho más allá que su precursor. El río fluye unos 1.400 kilómetros desde su origen en el país que ahora se llama Congo -Brazzaville, pasando por Gabón para desembocar en El Golfo de Guinea. Y de Brazza es ahora recordado como descubridor –y fundador de golpe– del Congo Brazzaville. Logró establecer tratados de amistad con caudillos locales, y así esta tierra incógnita fue incorporada en el naciente imperio africano francés como protectorado. Y con esta maniobra llegó a marcarse un tanto, a costa de nada menos que Henry Morton Stanley, y con él al Imperio Británico.

Henry Morton Stanley, “el machacador de rocas”

El Supermán victoriano Stanley, “el machacador de rocas” de origen galés, era afamado y notorio por sus métodos de exploración pocos sutiles. Su estrellato en esa época empezó con la campaña publicitaria de un tamaño antes nunca visto, cuando salió en búsqueda del desaparecido misionero y explorador Livingstone, quien había intentado un par de años antes encontrar la fuente del Nilo, una verdadera carrera entre naciones e individuos en ese momento. Después de un viaje difícil directamente dirigido al corazón de África, Stanley consiguió su meta y encontró al misionero escocés. Pero este ya estaba muy gastado y enfermo, casi a punto de morir. Supuestamente –según la leyenda fabricada en gran parte por el mismo Stanley– él pronunció la famosa frase: “*Doctor Livingstone, I presume*” el día 1 de noviembre de 1871, después de una travesía de 11 meses, desde Zanzíbar hacia el interior más tenebroso de África.

Esta historia también tuvo su secuela: Stanley llegó a obtener fama mundial por la publicidad alrededor de su campaña de rescate, y sus libros se vendieron como pan caliente. Fue recibido como héroe nacional cuando volvió al mundo civilizado.

La Reina Victoria tenía que darle honores, pero a nivel personal lo detestaba. Por contra, Leopoldo –el Rey de Bélgica– fue gran admirador de Stanley y aficionado a la lectura de sus aventuras. Así Stanley aceptó la oferta de Leopoldo para explorar una parte de África hasta ese momento “virgen”. El fin de esta misión era nada menos que apoderarse de ella y establecer un imperio belga –o mejor “leopoldiano”– en el corazón de África, para así igualarse en honor y prestigio a los demás reyes y poderes europeos. De este modo caprichoso “El Congo” se convirtió en propiedad belga.

Entre los años 1879 y 1884, y bajo la excusa de terminar para siempre con la trata de esclavos y hacer una gran contribución al avance de la ciencia, Stanley penetró al interior del continente, estableciendo varias factorías, y en el sitio de un poblado africano funda Leopoldville: La ciudad de Leopoldo, capital para un país nuevo. Este caserío se llama ahora Kinshasa; tiene millones de habitantes y es la Capital de la República Democrática de El Congo. Una vez cumplida su misión, Stanley se dirigió personalmente a la Conferencia de Berlín, organizada en 1884 por Bismarck. Los poderes imperialistas se reunieron allí para llegar a un acuerdo sobre el reparto de África. Con su personalidad imponente logró ganar su premio: Por decreto internacional se autoriza la posesión belga, o más bien, la propiedad privada del rey Leopoldo de El Congo, un territorio 300 veces el tamaño de la madre patria. Todo este gesto es descrito por Stanley en su libro *“The Congo and the founding of its Free State”* (Que no se escape la ironía: “El Congo y la fundación de un estado libre”. El Congo quedó en posesión belga hasta el año 1960. Después de una era traumática, este país con apenas infraestructura tenía que buscar la manera de establecer algo como una nación, dejando a un lado la ilusión de un estado libre. Hoy parece más válido hablar de un estado fallido.

Un siglo después del viaje de Stanley, otro gran aventurero hizo la misma ruta desde Dar Es Salaam a El Congo: ¡Nada menos que Che Guevara!; una ironía de la historia. En el 1965 empezó con la guerrilla contra el régimen de Mosje Tsjombe con un grupo de internacionalistas cubanos casi exclusivamente negros. Esta empresa de “establecer un Vietnam en el corazón de África” no tuvo mucho éxito, pero con el tiempo sí se logró exportar la revolución a otras partes de África, tales como Angola y Mozambique. El seudónimo del Che durante esta expedición fue “Tatoe,” que significa “tres,” y por su vocación como médico los nativos le apodaron “*Tatoe Moeganda*”, “el que alivia el dolor.”

Leopoldo de Saksonia-Coburgo, rey de los belgas, desde 1865 hasta su muerte en 1909, estuvo inspirado en su afán de obtener su parte de África por la lectura de la obra de Stanley, más excitante y sensacional que cualquier película de Indiana Jones. Y se puso muy contento cuando sus agentes supieron alistar los servicios de Stanley. Hasta ese momento el archivo personal de Henry Morton Stanley quedó guardado en el Archivo Colonial de Tervuren. Este fue antes un palacio privado de Leopoldo, y su gabinete de rarezas. Desde hace tiempo Tervuren es un museo nacional con una gran colección africana.

En su libro *“Loneliness and Time. The story of British travel writing”*, el autor Mark Cocker se pregunta si el libro de viajes de Stanley *“Through the Dark Continent”* no es más bien una memoria de la guerra: “Stanley libró en El Congo treinta y dos batallas contra los indígenas africanos en lo que fue, en efecto, un conflicto armado privado prolongado y continuo”.

Pero al final llegó a la conclusión: “Si existiera un libro de viajes arquetípico, entonces, con seguridad sería este”. En otro lugar Cocker dice “que no hay ningún otro viajero en la historia en la que haya que revelar tanta oscuridad... Stanley nos ha dado en microcosmos casi todo el experimento colonial europeo: en primer lugar, un puro deleite en la belleza y potencial del Edén, luego una preocupación por su propiedad, una emoción vertiginosa al reconocer los beneficios que podría conferir su posesión, y finalmente un impulso de destruir para alcanzar esos logros.”

“Destruir para apoderarse y aprovecharse de las ganancias.” Trágicamente, esto suena muy actual: ¡Primero una visión del Edén y luego tirar la bomba atómica! (Para poner el mensaje de manera exagerado, pero también más claro). Al apropiarse de lo ajeno, el otro, siempre hay un elemento destructivo, sea en el dominio internacional e intercultural, o en el campo intelectual.

Supongo que el maestro Ortiz –con una visión más crítica– se quedó muy entusiasmado leyendo los libros de viaje. Y desde su escritorio emprendió un viaje de descubrimiento hacia la presencia de este continente africano apenas conocido dentro de la sociedad postcolonial cubana. Al principio percibió *“los negros de Cuba”* desde su punto de vista criminológico y se interesó en los aspectos desviados de ellos, en su marginalidad y pobreza. Y explicó esa situación no en términos socio-históricos –la situación de los negros como consecuencia de un sistema de explotación nada humano– sino en términos de los evolucionistas y racistas. Con el tiempo, en el progreso de sus estudios y al adentrarse en el mundo afro en Cuba haciendo “trabajo de campo” en *situ*, abandonó esa perspectiva, y llegó a apreciar la resistencia de los esclavos y sus descendientes, quienes no sólo supieron sobrevivir al trato inhumano, sino también lograron plantar semillas culturales africanas en suelo caribeño con su esfuerzo y creatividad. Ortiz demostró que los negros en Cuba eran parte integral de su idiosincrasia nacional, y que hicieron una contribución indispensable a su formación: Como luchadores contra un sistema injusto –colonial o dictatorial– a la vez como creadores de una nueva sociedad de estampa cubana.

En 1898 Cuba se liberó del yugo imperial español, para caer en manos de los norteamericanos como su protectorado. Según la opinión política de Ortiz, para ser realmente independiente Cuba tenía que descubrir y formar su propia identidad y en base de ello crear una nación de ciudadanos. Y el proceso de esa formación de una identidad nacional desde una confluencia de diferentes -y a veces aparentemente irreconciliables- grupos humanos y tradiciones culturales, le bautizó con el término de proceso de transculturación. Como símbolo de ese crisol él seleccionó una comida criolla típica: *El ajiaico*.

El anti-libro de los viajeros: “Tristes Tropiques

Como he dicho antes, el libro del Marqués de Compiègne contiene grabados de Louis le Breton. Sería una grata sorpresa histórica si este Breton fuera familia del parisino André Bréton (1896-1966), quien también estudió medicina primero y luego se hizo famoso como artista de vanguardia. Lo llamaron “*El Papa del Surrealismo*”. En 1935 Breton realizó un viaje a Las Islas Canarias, y allí tuvo un impacto tremendo sobre una escena artística provincial tan aplatanada. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, Breton embarcó en el mismo barco con el antropólogo Claude Lévi-Strauss para salir del viejo continente hacia El Caribe, y así salvar la vida. Como Breton era un comunista ferviente y gran admirador de León Trotski, lo encarcelaron al llegar a la República Dominicana. Como judío, Lévi-Strauss tenía que refugiarse, lejos de su país ocupado por los alemanes, y también del gobierno cómplice de Vichy. Más tarde estos dos grandes iconoclastas del siglo XX se encontraron de nuevo en Nueva York. Es allí donde Lévi-Strauss escribe su “anti-libro de viaje,” el clásico “Tristes Tropiques”. En este libro también relató sus discusiones interminables con Breton sobre “el tema de las relaciones entre belleza estética y originalidad absoluta.”

Tristes Tropiques (1955) comienza con la frase: “*Odio viajar y odio a los viajeros.*” Pero lo que viene después es un relato de sus propias expediciones en Brasil, en búsqueda de un Edén perdido entre los indígenas del Amazonas. Y aunque su trabajo de campo no tuvo mucho éxito, sus teorías de esta época en el campo son de una importancia sumamente grande para la historia de la antropología. El centenario Lévi-Strauss diseñó el paradigma estructuralista en antropología y con tiempo logró ser éminence grise de la antropología moderna.

Pero lo que más me interesa aquí es que él fue heredero digno de Bartolomé de Las Casas, en el sentido de que él quería proteger a “los indios” ante la explotación y el genocidio, acusando al sistema capitalista y la ilusión colectiva de un supuesto progreso como culpable de esa dinámica fatal de “destruir para ganar.” Y lo que pasó en las Américas, se repitió en los demás continentes: Asia, Australia y África. Desde la época de la encomienda hubo un régimen progresivamente intensificado de adaptación a, y de inserción en, el sistema mundial. Y esta adaptación incluye los procesos de opresión, explotación, transculturación, e incluso de aniquilación. Los antropólogos denunciaron estos procesos y a los agentes que no respetan los derechos humanos de los demás, pero no han encontrado manera de parar el proceso neocolonial, ahora llamado globalización.

Tristes Tropiques es un libro de viaje en la tradición de *à la recherche de temps perdu*. Lévi-Strauss supo muy bien que nació demasiado tarde para conocer un mundo virgen y prístino, y que llegó a este mundo unos siglos después de Las Casas, cuando había la posibilidad de conocer realmente a los indios para ayudarles a sobrevivir. Lo que queda es una conciencia infeliz, una melancolía profunda sobre lo que hemos perdido sin remedio, los restos de unas culturas milenarias, “*aplastadas por el diluvio monstruoso que es el desarrollo de la civilización occidental.*”

Aun así, Lévi-Strauss `descubre´ la plusvalía de estas culturas para el mundo moderno y para la humanidad en general. A través de “El pensamiento salvaje” es posible revelar una entrada hacia “los posibilidades y potencialidades permanentes del ser humano.” No estamos condenados a ser esclavos de la racionalidad eurocéntrica, pero somos capaces de redescubrir el potencial original del espíritu humano: Andar contra la corriente de una historia de atrocidades y actos violentos, hacia “la grandeza indescriptible del principio.” Como un autor romántico *contre-coeur*, nuestro “poeta en el laboratorio de la antropología” –así es el título de una biografía de Claude Lévi-Strauss escrita por Patrick Wilcken– llega a la conclusión de que “llevamos el tiempo dorado dentro de nosotros.” Un mensaje de esperanza de alguien que logró salvarse del holocausto como última etapa de un proceso de “de-civilización.” Una partícula de esperanza flotando sobre un fondo profundo de pesimismo es lo que nos mantiene.

De este modo, el antropólogo no es solamente un testigo del proceso de nivelación y homogenización, sino también de las posibilidades casi ilimitadas del ser humano como portador y creador de la cultura: Al menos sí es capaz de liberar ese potencial latente. Y esta vez no para matar y destruir, sino para crear y generar belleza. Un sueño o ilusión antropológica, una fantasía humanista.

Por mi parte, considero que el valor universal de la Antropología –esta hijastra del imperialismo– está más en su apelación humanista que en sus méritos meramente académicos, científicos. La Antropología debe su identidad al trabajo de campo, un método de investigación que no obedece a los criterios de una ciencia “dura”. Pero sus métodos de participación y observación, su inmersión en un mundo diferente habitado por “otros,” le da un estatus aparte y democrático, y de esta manera puede jugar un papel mediador en situaciones de conflicto y enfrentamiento, sin dejar la brújula moral fuera de vista, o perderla en el pantano de relativismo cultural.

Y es esa brújula moral la que con frecuencia se pierde de vista en las relaciones internacionales: El juicio universal ya no es asunto ni de un Dios ni de los seres humanos. Hoy en día son los “drones” los que deciden sobre la vida y la muerte. “Regime change”, (Cambio de régimen) ya no es un proceso lento y a largo plazo, pero ocurre como “blitzkrieg” o en el estilo americano de “flattening Fallujah.” Aquí hemos llegado otra vez al tema de la violencia, propio del proceso de civilización: Hoy en día la cruzada tiene su lugar preferido en el Medio Oriente, medio milenio después de tener su escenario privilegiado en el Lejano Occidente del Nuevo Mundo. ¡Qué barbaridad!

La obra de Fernando Ortiz es sin duda monumental, pero claro que también tiene unas partes más débiles. Parcialmente esas deficiencias vienen de sus fuentes secundarias, como los libros de viaje tan penetrados por el espíritu de su tiempo. El libro que he analizado es un buen ejemplo de la mentalidad vigente en esa época del imperialismo. Pero haciendo el balance y sumando todo, uno sí tiene que concluir que gracias a Ortiz el mundo afrocubano llegó a ser parte inconfundible de la identidad cubana. La herencia cultural africana ha dado un aspecto original a Cuba, y ha obtenido así – a través de procesos históricos de represión, mutación, transculturación – nuevas formas adaptadas a su nueva patria.

Bibliografía

Bertaux, P., Ramón, M., & Bertaux, T. P. 1986. *Africa: desde la prehistoria hasta los estados actuales*. Siglo Veintiuno.

Breton, A., & Bosch, A. 1969. *Manifiestos del surrealismo*. Guadarrama.

Compiègne, V. D., & Du Pont, A. L. H. V. 1876. *L'Afrique équatoriale* (Vol. 2). E. Plon & Cie.

De Las Casas, B. 1877. *Historia de las Indias* (Vol. 1). Imprenta y litografía de I. Paz.

Galván Tudela, J. A. 1998. El ajíaco, una metáfora culinaria sobre la cubanía (a propósito de la inmigración canaria a Cuba: 1880–1930). *Papers from the XIII Coloquio de Historia Canario-Americana. Las Palmas, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria*, 2621-2639.

Lévi-Strauss, C. 1976. Tristes trópicos. *Constructores de Otredad*, 81.

Lévi-Strauss, C., & Aramburo, F. G. 1964. *El pensamiento salvaje* (No. 04; GN405, L4.). México: Fondo de Cultura Económica.

Ortiz, F. 1991. La transculturación blanca de los tambores de los negros. *Ortiz, Fernando: Estudios etnosociológicos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, S*, 176-201.